
Emiliano Brancaccio (Nápoles, 1971) es profesor de política económica en la Universidad del Sannio en Benevento (Italia). Ha publicado artículos en varias revistas académicas internacionales, incluyendo el *Cambridge Journal of Economics y Structural Change and Economic Dynamics*. Es autor del volumen “Anti-Blanchard”, quinta edición italiana y segunda en inglés, que inspiró un debate con Olivier Blanchard publicado en la *Review of Political Economy*. Es autor del libro “Non sarà un pranzo di gala “ (Meltemi 2020), que contiene los textos de los debates con el expresidente y excomisario de la UE Romano Prodi y Mario Monti. Más recientemente ha tenido otros debates con exponentes como Daron Acemoglu. Promovió la “advertencia de los economistas” contra las políticas de austeridad europeas y el llamamiento de los economistas a un “plan antivirus”, publicados en el *Financial Times*.
Contact: emiliano.brancaccio@unisannio.it.

Samuele Bibi (Foligno, 1985) es profesor de macroeconomía en la Northumbria University (Reino Unido). Previamente ha sido profesor de economía en la Goldsmiths University (Reino Unido) y en la Universidad de Piura y la Universidad San Ignacio de Loyola (Perú). Más allá de su experiencia docente en diferentes instituciones internacionales, trabajó como economista en instituciones internacionales y gubernamentales como la FAO - Organización para la Agricultura y la Alimentación (Naciones Unidas) y el Ministerio de Salud en el Reino Unido. Sus amplias áreas de investigación incluyen los diferentes enfoques de Macroeconomía, Economía Computacional, Economía Agent-Based, Teoría del Ciclo Endógeno, Economía del Desarrollo y Economía del Comportamiento. Su investigación se centra en la macroeconomía computacional postkeynesiana y heterodoxa junto con el estudio del desarrollo para los países latinoamericanos. Ha publicado artículos en varias revistas académicas internacionales, incluyendo el *Cambridge Journal of Economics* y el *Journal of Post-Keynesian Economics*. Es co-autor del volumen “Anti-Blanchard” en su edición española.
Contact: samuele.bibi@northumbria.ac.uk.

CATÁSTROFE O REVOLUCIÓN¹

Emiliano Brancaccio

Università del Sannio

Samuele Bibi

Northumbria University

CATASTROPHE OR REVOLUTION

Resumen

El exjefe economista del Fondo Monetario Internacional argumentó que se necesita una “revolución” keynesiana de la política económica para evitar una futura “catástrofe”. Su tesis se somete aquí a un examen crítico sobre la base de un criterio de investigación científica del proceso histórico definido como la “ley de reproducción y tendencia del capital”. De este método de investigación surge una predicción: la libertad del capital y su tendencia a centralizarse en cada vez menos manos constituye una amenaza para otras libertades y para las instituciones democráticas liberales de nuestro tiempo. Ante tal perspectiva, Keynes no es suficiente, como tampoco basta con invocar un ingreso. La única revolución capaz de evitar una catástrofe de derechos está en la recuperación y relanzamiento de la palanca más fuerte en la historia de las luchas políticas: la planifica-

1. Fecha de recepción: 8 de febrero 2022; fecha de aceptación: 28 de marzo 2022. Este trabajo es fruto de un proyecto de investigación desarrollado en el Dipartimento di Diritto, Economia, Management e Metodi Quantitativi, Università del Sannio, y la Newcastle Business School, Northumbria University.

Agradecemos al editor de esta revista por sus comentarios y sugerencias. También agradecemos a Salvatore Biasco, Gerardo Canfora, Francesca Coin, Lilia Costabile, Massimo De Carolis, Elsa Fornero, Claudio Gnesutta, Antonella Picchio, Cesare Salvi, Massimo Squillante, Antonella Stirati, Giovanni Tria, Pasquale Tridico, así como a Gad Lerner y Moni Ovardia, por sus comentarios sobre una versión anterior del artículo. Se aplican los descargos de responsabilidad habituales. Dos versiones anteriores de este artículo se publicaron en italiano (Brancaccio 2020) y en inglés (Brancaccio y Veronese Passarella 2022).

ción colectiva, entendida esta vez en el nuevo y subversivo sentido de factor de desarrollo de la libre individualidad social y de un nuevo tipo humano liberado. Un desafío que pone en tela de juicio toda una arquitectura de creencias e impone una reflexión sobre todos los movimientos de lucha y emancipación de nuestro tiempo, aún encerrados en el estrecho recinto de un paradigma liberal ya en crisis.

Palabras clave

Planificación colectiva, revolución, catástrofe, Marx, centralización del capital.

Abstract

The former chief economist of the International Monetary Fund argued that a Keynesian “revolution” of economic policy is needed to avoid a future “catastrophe”. His thesis is submitted here to a critical examination on the basis of a criterion of scientific investigation of the historical process defined as the “law of reproduction and tendency of capital”. A prediction emerges from this research method: the freedom of capital and its tendency to centralize in fewer and fewer hands constitutes a threat to other freedoms and to the liberal democratic institutions of our time. Given such a perspective, Keynes is not enough, just as it is not enough to invoke income. The only revolution capable of avoiding a catastrophe of rights lies in the recovery and relaunch of the strongest lever in the history of political struggles: collective planning, understood this time in the new and subversive sense of a factor in the development of free social individuality and of a new liberated human type. A challenge that calls into question an entire architecture of beliefs and imposes a reflection on all the movements of struggle and emancipation of our time, still locked in the narrow enclosure of a liberal paradigm already in crisis.

Keywords

Collective planning, revolution, catastrophe, Marx, centralization of capital.

Prólogo

Para evitar una futura “catástrofe” social necesitamos una “revolución” de la política económica. Así habló Olivier Blanchard, exjefe economista del Fondo Monetario Internacional, en un debate y un simposio inspirados en un folleto crítico dedicado a él (Blanchard & Brancaccio, 2019; Blanchard & Summers, 2019; Brancaccio & Bibi, 2021). Que un gran cardenal de las instituciones económicas del mundo utilice expresiones tan aventureras es un hecho insólito. Pero lo verdaderamente sorprendente es que este hecho se remonta hasta antes del colapso provocado por el coronavirus y antes del estallido de la guerra en el medio de Europa. Tanto más después de la pandemia, entonces, se vuelve urgente tratar de comprender si la evocación blanchardiana de la encrucijada “catástrofe o revolución” sea solo una mera voz o más bien un punto de inflexión de un espíritu del tiempo que comienza a pasar de la farsa a la tragedia. Este escrito está dedicado a esta pregunta.

Para aquellos que tengan la intención de probar suerte con la lectura, será útil emitir una advertencia. Aunque entretejido con hilos académicos, este ensayo será ajeno a las prácticas discursivas de la comunicación científica ordinaria. De hecho, aquí intentaremos renovar un ejercicio antiguo, heracliteano y materialista: entender el logos como ciencia. No ciencia parcial sino general, por lo tanto, inevitablemente llena de lagunas como un queso suizo. Sobre estos vacíos, prevemos, los especialistas contemporáneos sentirán irritación mientras que el observador acostumbrado a la crítica y al crecimiento del conocimiento será indulgente (Lakatos & Musgrave, 1976). Él es consciente de que solo una visión general permite visualizar esos desniveles, y por lo tanto crea las condiciones para intentar delinear los perímetros y superarlos.

Reproducción y tendencia

Incluso los asesores de las dictaduras fascistas, por una vez, pueden encontrarse del lado de la razón. En la controversia con Myrdal sobre el estatus científico de la economía, Milton Friedman tenía razón: no hay razón para creer que la economía sea una ciencia “blanda” en comparación con la física, la química y las llamadas ciencias “duras” en general. Dado que la predicción puede ser embarazosa para ambos, que en ambos grupos de ciencias el experimento es a veces directamente posible y a veces no, que en ninguno de los dominios se puede controlar o aislar perfectamente la prueba, que entre

las ciencias “duras” individuales hay diferencias metodológicas que son al menos tan relevantes como las registradas entre cada una de ellas y la “blanda” economía, y que los juicios de valor pueden influir tanto en una como en otras disciplinas, se adivinan las razones por las que esa partición es menos robusta de lo que comúnmente se cree, y por ello no reúne mayor consenso entre los epistemólogos contemporáneos (Brancaccio & Bracci, 2019).

Obviamente esto no significa adherirse al instrumentalismo de Friedman, que es quizás la peor de las variantes de la ya transitoria epistemología popperiana. Tampoco se trata de ennoblecer la representación de la economía sugerida por la teoría neoclásico-marginalista, que Friedman defendía sin importar sus falacias y que un desprevenido Popper incluso elevó al rango de paradigma único. Aunque las teorías y epistemologías inspiradas en el enfoque neoclásico son también las estrellas polares de la investigación científica de Blanchard, no se mencionarán aquí. Por sus probadas inconsistencias lógicas y debilidades empíricas, y por su interpretación irremediabilmente *naive* del curso de los acontecimientos, el enfoque neoclásico parece de hecho inadecuado para evaluar la relevancia histórica de la encrucijada blanchardiana. Medirse con el progreso del proceso histórico, y por lo tanto también juzgar la oportunidad de “catástrofe o revolución”, es una pregunta científica improbable, que nunca podría quedar atrapada en los estrechos armarios de la escasez y de la utilidad neoclásicas. Ante tal pregunta, en el mejor de los casos, el estudioso neoclásico se obliga a un incómodo silencio. Por tanto, si aquí pretendemos decretar la plena presencia de la economía en el empíreo de la ciencia *tout court*, y con ella pretendemos investigar la bifurcación en cuestión, entonces necesariamente debemos señalar un camino de investigación diferente al imperante (sobre la diversidad a diferencia de la ortodoxia neoclásica, véase Brancaccio 2010a).

Un camino alternativo podría consistir en la recuperación de una atrevida y nunca negada tesis de Althusser: que después de haber entendido por “historia” la compleja totalidad social dominada por el modo de producción capitalista y de haber colocado en su seno a la economía, llega a identificar en el *Capital* de Marx el primer, aunque incierto, paso del conocimiento científico dentro del perímetro del hasta entonces explorado “continente de la historia”, como siglos antes *Diálogo* de Galileo había proporcionado la clave metodológica para acceder al “continente de la física” (Althusser, 1974). La comparación, hay que admitirlo, sigue pareciendo embarazosa, incluso cuando se refiere únicamente a la física primitiva. Sobre la historia, hemos dicho, el enfoque neoclásico es intrínsecamente silencioso. Pero incluso la ciencia crítica de la economía y de la historia, inspirada en el análisis marxista y en sus seguidores, todavía se presenta hoy

en poco más que una etapa embrionaria. Se desarrolla gracias a líneas de investigación subterráneas que resurgen puntualmente tras la crisis, pero la mayor parte del tiempo permanecen sumergidas y olvidadas, al borde de la gran academia y de sus enormes recursos. Hemos sugerido una posible explicación de esta marginalidad, que se refiere a los contrastes entre la reproducción de la relación social de producción y el desarrollo de un paradigma científico que, en lugar de favorecer esa reproducción misma, corre el riesgo de obstaculizarla. Consciente de Esopo, el sistema tiene cuidado de no alimentar una serpiente teórica en su interior. Sin embargo, a pesar de las enormes dificultades, la serpiente crece. Desde los nuevos aportes de la teoría de la producción, hasta los esquemas “stock-flow consistent”, pasando por los modelos de agentes depurados de infiltraciones neoclásicas, las líneas alternativas de investigación continúan produciendo avances desde el punto de vista del método, de la estructuración lógica y de la verificación empírica de teorías.

De estos avances ha salido a la luz un cruce de la ciencia económica crítica moderna que quizás, una vez superado, permitiría hacer algún progreso concreto en el todavía casi inexplorado continente de la historia. El cruce a lo que nos referimos es la necesidad de establecer un vínculo entre la teoría de la “reproducción” y la crisis capitalista, por un lado, y la teoría de las leyes de “tendencia” del capital por el otro. Hasta ahora ambos casi siempre han seguido caminos separados, como si fueran objetos incapaces de conectarse. Como prueba de esta idiosincrasia está incluso la ausencia de una metáfora adecuada para describir su posible encuentro: círculo y línea, rueda y pista, transmisión y cadena, ninguna figuración parece adecuada al azar. La conexión entre la teoría de la reproducción y la teoría de la tendencia, sin embargo, parece indispensable para intentar esbozar un criterio para investigar las encrucijadas del proceso histórico. Sin esa conexión, incluso la ciencia crítica del capital corre el riesgo de caer en un silencio incómodo. Un posible vínculo entre las dos teorías, entonces, puede provenir del desciframiento de un vínculo inédito entre ellas, que ha surgido de algunas investigaciones recientes. Este es el vínculo entre las condiciones de solvencia que subyacen a la reproducción del capital, por un lado, y la tendencia a la centralización del capital en cada vez menos manos, por el otro (Brancaccio & Fontana, 2013, 2016; Brancaccio & Suppa, 2018; Brancaccio et al. 2018, 2019, 2020; sobre un tema relacionado, véase también Baron & Veronese Passarella, 2015).

Hay razones para creer que esta conexión tenga un valor heurístico general: situada a nivel de la estructura económica capitalista, sus diversas configuraciones parecen afectar todos los niveles de la relación social de producción, hasta el punto de configurar el

nivel cultural y político. Por tanto, si compartimos esta línea de investigación, se hace necesario extender la máxima althusseriana: nuestra tesis fundamental es que no es posible hacer y responder preguntas, excepto desde el punto de vista *de la reproducción y de la tendencia*, en particular de la tendencia a la centralización del capital. A la luz de esta tesis, utilizando las herramientas de análisis que en ella se incorporan, intentaremos aquí verificar si la encrucijada “catástrofe o revolución” debe ser considerada una sugerencia inoportuna o, por el contrario, una evocación puntual, en el tiempo histórico.

Fisonomía de una catástrofe

La etimología de “catástrofe” es “reversión”, “reverso”, pero también, tomado de la tragedia griega, “disolución de la trama de un drama”. Siguiendo inspiración de Jan Kott, puede traducirse como “acto resolutivo”, que disuelve una contradicción sistémica. Si este es o no el momento para tal catástrofe es objeto de análisis.

Agregar otra respuesta narrativa a tal pregunta sería de poca utilidad; evitaremos, por tanto, navegar sin brújula en *el mare magnum* de la ficción futuroológica, desde el panglosiano Stephen Pinker hasta el casandrónico Millenium Project. Más bien, la cuestión será examinada aquí dentro de un perímetro de observación bien definido: la llamaremos *ley de reproducción y tendencia*, o tendencia a la centralización del capital. Como se mencionó antes, hay muy pocos intentos de experimentación en este campo decisivo de la investigación. Que nosotros sepamos, la única investigación que de alguna manera se le acerca y que se ha elevado a los honores de la actualidad científica reciente es la de Thomas Piketty (Piketty, 2014). Sin embargo, el trabajo de Piketty puede ser criticado en la exposición de los datos, engañoso en la reconstrucción histórica del pensamiento económico crítico y a medio camino entre la tradición y la confusión en la visión teórica: tratar de derivar una ley de tendencia de una relación de reproducción del capital. Esta última es definida por el autor como “desigualdad fundamental”, y consiste en la diferencia entre la tasa de rendimiento del capital y la tasa de crecimiento del ingreso. La tesis del economista francés es que el siglo XXI se caracterizará por una tasa de rendimiento del capital sistemáticamente superior a la tasa de crecimiento del ingreso. En consecuencia, bajo determinadas condiciones, el capital crecerá más rápido que los ingresos, y esto también dará lugar a un aumento continuo de la riqueza heredada en relación con los ingresos creados durante la vida laboral. Si la reproducción del sistema requiere que el capital produzca más de lo que crece el ingreso, la implicación es

una tendencia incesante a aumentar las desigualdades entre quienes viven de la riqueza y quienes viven del trabajo. Se anuncia así un siglo floreciente, para el moderno rentier y para sus pequeños.

El padre de la teoría neoclásica del crecimiento y premio Nobel de economía, Robert Solow, la llamó la “tendencia de los ricos cada vez más ricos” y argumentó que nadie la había concebido antes que Piketty (Solow 2014). Este no es exactamente el caso, pero el punto que merece atención aquí es otro. El intento de Piketty de enmarcar su tesis secular en un marco neoclásico tradicional no tiene éxito. La idea de un continuo crecimiento del capital en relación con el ingreso y de un consecuente acaparamiento creciente del producto por parte de quienes viven de los legados hereditarios, es un fenómeno que no se adapta bien a los “equilibrios naturales” propios de la modelización neoclásica, ya sean no estacionarios, estacionarios o seculares, e independientemente del carácter exógeno o endógeno del crecimiento que describen. Por lo tanto, incluso si queremos dejar de lado por un momento las inconsistencias lógicas y las negaciones empíricas del enfoque neoclásico, el intento de deslizarse en la tendencia esbozada por Piketty parece en sí mismo contradictorio. Por inquietante que pueda resultarle al economista francés, su idea solo puede encontrar un lugar adecuado en otra parte. El campo apropiado, en este sentido, parece ser la ciencia crítica del capital.

En este contexto teórico alternativo, sin embargo, rápidamente se hace un nuevo descubrimiento. Dentro de lo que Piketty llama “desigualdad fundamental” hay otro elemento oculto y más profundo. Si dividimos el rendimiento medio del capital en dos partes, la relativa a la tasa media de ganancia y la relativa a la tasa media de interés de los préstamos, podemos ver que dentro de la ley de reproducción representada por la “desigualdad fundamental” hay también una “condición de solvencia” del sistema. No es casualidad que el orden general de la política económica esté injertado en esta condición crucial, y en particular la que en otro lugar hemos definido como la *solvency rule* del banquero central. Ahora bien, bajo determinadas hipótesis, puede demostrarse que cuanto mayor sea la tasa media de rendimiento del capital con respecto a la tasa de crecimiento de la renta, mayor será la tasa de interés media con respecto a la tasa media de beneficio y, por lo tanto, más estricta será la condición de solvencia. Es decir, en otras palabras, será más difícil honrar las deudas acumuladas. Esto conducirá a un aumento de las insolvencias, quiebras y bancarrotas de capitales relativamente más frágiles y expuestos, y por tanto favorecerá su liquidación y absorción mediante fusiones y adquisiciones por parte del capital más fuerte. Este es precisamente el movimiento de centralización capitalista: un fenómeno omnipresente y quizás más insidioso que la

“tendencia de los ricos cada vez más ricos”, porque a diferencia de esta, también puede imponerse sobre la base del control de un capital del que uno no es formalmente propietario. Los datos indican que este movimiento de centralización del capital aún es irregular, con variantes nacionales y geopolíticas, pero que al menos potencialmente no tiene límites ni fronteras, y por lo tanto es capaz de extenderse a todo el planeta. De la reproducción del sistema, por tanto, se puede extraer una doble tendencia: el capital no solo tiende a crecer con respecto al ingreso, como argumenta Piketty, sino que también, y sobre todo, tiende a centralizarse en cada vez menos manos. Como en la alegoría de Bruegel, los grandes se comen a los pequeños.

Se han hecho explícitos los rasgos esenciales de la ley de reproducción y tendencia. ¿Estamos entonces en presencia de un gran mecanismo shakesperiano, tan fatal como inexorable? ¿O hay contratendencias? En otro lugar hemos observado que la centralización puede provocar una reacción. Los capitales más pequeños y frágiles, en riesgo de liquidación y absorción, pueden tratar de organizarse para imponer una línea política al banquero central y otras autoridades gubernamentales destinadas a mitigar las condiciones de solvencia y oponerse a las dinámicas de centralización. Así nace una lucha, totalmente interna a la clase capitalista, entre la agresión de los grandes y la resistencia de los pequeños. De hecho, de este choque puede surgir una contratendencia con implicaciones de fase importantes, en el límite de la significación histórica. Pero la evidencia disponible plantea dudas sobre si tal reacción es capaz de subvertir la tendencia centralizadora subyacente. Una teoría de la política económica que pueda explicar la motivación tiene todavía que llegar. Sin embargo, hay razones para creer que el crecimiento del capital en relación con el ingreso tiene algo que ver con la capacidad de la centralización para superar su tendencia contraria.

La ley de reproducción y tendencia descrita hasta ahora tiene repercusiones en varias controversias teóricas del pasado. Por ejemplo, rechaza la teoría errónea de la productividad marginal decreciente del capital, mientras que no se opone, pero tampoco exige, la tesis de una caída tendencial de la tasa de ganancia. De manera más general, desde un punto de vista epistemológico, la ley descrita nos obliga a embarcarnos en la difícil construcción de esa teoría materialista de la política económica que aún falta en la historia de la ciencia. Sin embargo, no es este el lugar para profundizar en las bases e implicaciones de la ley de reproducción y tendencia del capital. De hecho, lo dicho hasta ahora parece suficiente para plantear la pregunta que realmente apremia aquí: ¿la tendencia del capital a crecer en relación con el ingreso y a centralizarse, constituye en sí misma una prueba de la tendencia del sistema a la “catástrofe”? Si bien aún queda

mucho por investigar sobre el tema, a juicio de los escritores es posible dar una respuesta preliminar afirmativa, en un sentido que trasciende el mero análisis económico y afecta la totalidad social del modo de producción. El punto básico, en pocas palabras, es que el crecimiento del capital en relación con el ingreso y la centralización de su control son tendencias que como tales anuncian una progresiva concentración de poder, económico y consecuentemente político. Como señalan, aunque sea rápidamente los propios Blanchard y Piketty, tal dinámica del capital no solo trastorna la estructura económica, sino que puede tener enormes repercusiones en el marco político e institucional y, más en general, en el sistema de derechos. La centralización capitalista, en otras palabras, erosiona la democracia y la libertad, incluso entendidas en el sentido meramente liberal; como mínimo, en determinadas condiciones, la tendencia descrita puede llegar a socavar los cimientos mismos del liberalismo democrático. Si ese fuera el caso, quedaría refutada la vieja pero tenaz creencia kojeviana de que el capitalismo democrático liberal globalizado representa el maravilloso equilibrio final de toda la historia humana.

La ideología dominante y la teoría económica que la sustenta nos llevan a mirar al capitalismo con una mirada cristalizada en sus gloriosos orígenes, en los que una clase burguesa en ascenso se encargaba de derrocar el *ancien regime* de los privilegios aristocráticos. En ese breve momento de la historia, la derrota del rentista feudal por el empresario capitalista marca realmente un progreso general, no solo económico, sino también civil y político. La conquista del poder por parte de los capitalistas es objetivamente un momento de desarrollo en un sentido liberal y democrático, por razones materiales bastante obvias; el modo de producción que encarnan los burgueses no solo aumenta más rápidamente la riqueza social, sino que la distribuye más al interior de la sociedad, por la sencilla razón de que ellos superan en número a los terratenientes. Es por ello que el capitalismo temprano se asocia a una fase de mayor participación política y de primordial expansión de derechos. El objetivo movimiento que estamos analizando aquí, sin embargo, indica que esa fase original está superada por los propios desarrollos del capital. El régimen contemporáneo de centralización, en cierto modo, se parece cada vez más al antiguo feudalismo que al chispeante capitalismo revolucionario de sus orígenes.

Por lo tanto, si la ley de la tendencia a la centralización del capital encontrará mayor comodidad en los análisis futuros, una de las principales implicaciones es que también podría establecer las bases para un pronóstico de un resultado, como a veces se ha definido, del “neoliberalismo autoritario”. (cf. entre otros, Bruff 2014). La fisonomía de una catástrofe comienza a tomar forma.

Tendencia, reacción, conflicto

En el sentido original, “revolución” recuerda “dar la vuelta”, “retroceder”. De hecho, parece una mirada retrospectiva lo que debe haber llevado Blanchard, con Larry Summers, a pedir una “revolución” en la política económica para evitar futuras catástrofes. Por revolución, de hecho, los dos significan poco más que una recuperación del viejo legado keynesiano: políticas monetarias y fiscales aún más expansivas, si es necesario, controles de capital y otras formas de represión de las finanzas, a las que también podríamos agregar extensiones de bienestar en forma de ingresos dignos (que más allá de la retórica nunca ha sido mucho más que una declinación liberal-democrática del keynesianismo).

Por supuesto, la novedad no es menor. Aunque Joan Robinson no hubiera dudado en considerarlo “bastardo”, un keynesianismo tan dolorido en la cima del pensamiento *mainstream* no se veía hacía décadas. Sin embargo, es bien lejos para considerarlo practicable. En otro lugar hemos argumentado que tal evocación de Keynes, por muy influyente que sea, puede ser en vano. Aunque la historiografía rara vez destaca este aspecto, debe recordarse que la síntesis keynesiana fue un objeto político, más que teórico. Y como objeto de esto se fraguó en la dureza de un gigantesco conflicto de la época entre el capitalismo y el socialismo soviético. Este hecho dialéctico, me parece, es cierto en general: hoy como entonces, una síntesis keynesiana solo podría surgir bajo el aguijón del peligro socialista. ¿Sentimos hoy este aguijón? ¿Hay un choque de sistemas comparable al de los años 30? Si bien aquí no estamos del todo de acuerdo con la tesis de Ronald Coase - según la cual China es ahora una economía capitalista en todos los aspectos (Coase & Wang, 2014), hay que reconocer que por ahora no hay rastro de ese gran conflicto sistémico en el mundo. Cómo se puede activar la dialéctica necesaria para la concepción de una nueva “revolución” keynesiana sigue siendo un misterio por el momento.

Sin embargo, en una inspección más cercana, la política keynesiana también podría materializarse en un sentido diferente: *no revolucionaria sino reaccionaria*. Es el caso en que se pone al servicio exclusivo de los capitales más débiles y frágiles, con el único fin de conjurar el peligro de su liquidación y así frenar la centralización en manos de los capitales más fuertes. Esta posibilidad existe. Contrariamente a lo que sostenían Blanchard y Summers, y a la tradición neoclásica en general, la “desigualdad fundamental” entre la tasa de rendimiento del capital y la tasa de crecimiento del ingreso no es el resultado de un equilibrio “natural”, sino más bien el resultado de decisiones macroeco-

nómicas. En este sentido, una posible política keynesiana interviene precisamente sobre un componente crucial de la desigualdad fundamental, el que concierne a la diferencia entre la tasa de interés promedio de los préstamos y la tasa de crecimiento del ingreso. Es la condición de solvencia, en la que, como hemos dicho, también opera también la *solvency rule* del banquero central. Al maniobrar para mantener la tasa de interés estable por debajo de la tasa de crecimiento, el *policymaker* keynesiano hace que las condiciones de solvencia del sistema sean menos estrictas, reduce las quiebras y las bancarrotas y, por lo tanto, frena las liquidaciones y adquisiciones de capital débil por parte de los fuertes. En resumen, una especie de *helicopter money for the petty bourgeoisie* más que *for the people*, que además ya presentaba el límite típicamente populista de la neutralidad de los efectos distributivos en el sentido de Patinkin.

Por las razones mencionadas anteriormente, parece difícil que esta directriz desborde indefinidamente el mecanismo de centralización de capital. El hecho es, sin embargo, que la “reacción keynesiana” puede desencadenar repercusiones en la centralización marxista, generalmente tenues, es decir, como para frenarla en virtud de un compromiso entre las diferentes facciones del capital; o en el límite tan violentos y penetrantes como para transformar la disputa económica entre capitales en un conflicto político entre naciones. Este salto de nivel puede darse, una vez más, por razones materiales: por un lado, capitales en promedio solventes, más grandes y cada vez más ramificados internacionalmente, por otro, capitales más pequeños y conflictivos que operan más dentro de las fronteras de la nación y por eso tienden a identificarse más fácilmente con ella, quizás reviviendo una política revanchista, potencialmente xenófoba, rayana en el fascismo, pero siempre liberal a su manera. En este contragolpe keynesiano, entonces, la reacción puede hacerse nación, o por lo menos puede cerrar la tendencia a centralizar el capital dentro de jaulas geopolíticas. Es decir, en un nuevo sentido con respecto a las viejas controversias, podemos decir que, *en la confrontación completamente interna a la clase capitalista, Keynes puede actuar contra Marx*. Una oposición que en el extremo puede conducir a la guerra, con previsible repercusiones, una vez más, en las instituciones democráticas liberales. La otra cara de la catástrofe sale a la luz.

Ecología, tecnología, distopía

El hecho de que en la fase histórica actual la lucha política permanezca confinada a los recintos de la clase dominante también tiene otras implicaciones. Una de las más

importantes es que toda disputa es moldeada por los aparatos ideológicos según los códigos de aquella lucha política.

El caso del cambio climático es ejemplar en este sentido. El premio Nobel William Nordhaus argumentó que los costos de la reconversión ecológica de la economía deben ser asumidos en mayor medida por las generaciones futuras, dado que gracias al crecimiento económico serán más ricas que las generaciones actuales. Los movimientos ecologistas han cuestionado esta conclusión, argumentando que son las generaciones presentes las que deben hacerse cargo de evitar daños irreparables a las futuras. Examinemos la controversia desde el punto de vista de la ley de reproducción y tendencia del capital. A diferencia de los modelos neoclásicos utilizados por Nordhaus, el esquema alternativo reconoce la naturaleza indeterminada tanto del crecimiento económico futuro como del daño potencial causado por una crisis ecológica. En este sentido, por lo tanto, demuestra que los ambientalistas tienen razón: es necesario adoptar un principio de precaución que lleve a la generación actual a asumir los costos de una transición ecológica de la economía aquí y ahora. La ley de reproducción y tendencia, sin embargo, también destaca otro aspecto: ni uno ni los otros actores de esta disputa mencionan la división de clases inherente a la relación social de producción. Como ocurre con otras disputas, tanto sobre la deuda pública como sobre el sistema de seguridad social, el foco está puesto exclusivamente en un conflicto generacional genérico. La lucha de clases parece completamente ajena al discurso ecológico. Sin embargo, no se tarda mucho en darse cuenta de que el conflicto climático está indisolublemente ligado al conflicto de clases. En este sentido, el patrón de reproducción y tendencia muestra que las crisis ecológicas impactan en los precios relativos del sistema de una forma que afecta casi inexorablemente a las clases bajas en la actualidad. Pero, sobre todo, ese esquema destaca que los efectos predominantes del cambio climático no son captados por los precios capitalistas: es decir, es lo que los economistas definirían como una “externalidad” general, un fenómeno que va más allá de la capacidad de cálculo racional de los modos de producción capitalista. El monopolio capitalista de la política impide visualizar estos problemas. De manera que hoy, como se ha dicho, es posible incluso concebir el fin de la vida en la tierra, pero no el fin del capitalismo. Utópico o distópico que sea, incluso lo imaginario está históricamente determinado.

Otra gran implicación del monopolio capitalista de la lucha política es que el desarrollo de la ciencia y de la tecnología adquiere una connotación social única. En este sentido, cabe destacar que la innovación técnico-científica nunca es una variable exógena del sistema. El proceso innovador no cae del cielo en absoluto, sino que es parte del

mecanismo social. Quizás más que cualquier otro mecanismo de reproducción social, el acto innovador siempre expresa el estado de las fuerzas productivas y el equilibrio de fuerzas en la sociedad. La organización de la producción técnico-científica es en efecto en primer lugar la organización del poder económico de la ciencia. En torno a este poder se organizan las más feroces luchas políticas, pero si estas luchas solo ven en acción a los agentes capitalistas, es inevitable que la producción técnico-científica en general, y la producción de innovación en particular, se pongan al servicio exclusivo de la reproducción del capital y de sus rendimientos. Esto explica la incesante privatización del conocimiento técnico-científico, por medio de patentes, derechos de propiedad intelectual, contratos de secreto. Un trabajo que no se detuvo ni ante una amenaza generalizada de muerte, como el coronavirus. Los científicos piden dejar de lado esta lógica privatista para poner en común el conocimiento, compartirlo internacionalmente y coordinar grupos de investigación para acelerar la investigación sobre el covid-19. Pero en el estado actual de las relaciones sociales de producción, un *comunismo científico en la lucha contra el virus* (Brancaccio & Pagano, 2020) corre el riesgo de no ser más que una voz racional en el desierto.

En su titánica empresa, por tanto, Prometeo no es en modo alguno un héroe solitario, sino que debe entenderse como una pieza del engranaje, es decir, como un trabajador de la ciencia. Y junto con todos los demás trabajadores, él también es en última instancia al servicio de la reproducción capitalista y de las relaciones subyacentes a ella. En esto radica también la razón, entre otras cosas, por la cual de la ley de reproducción y tendencia del capital surge un movimiento que ninguna trayectoria de desarrollo tecnológico, como tal, es capaz de subvertir. De hecho, en determinadas condiciones, los cambios técnicos podrían incluso aumentar la tasa de cambio en las tendencias del capital, como en una especie de *distopía aceleracionista*.

Especulación y libertad de capital

Desde el punto de vista histórico, las tendencias descritas hasta ahora han dominado el desarrollo del modo de producción capitalista, con una notable excepción representada por el llamado “siglo corto”. De hecho, encuentran un freno en la Primera Guerra Mundial y en el ascenso concomitante del bolchevismo, y luego vuelven a estar de moda con el comienzo de la crisis soviética y el surgimiento de esa fase política a veces llamada “contrarrevolución neoliberal”. Esta es la era en la que se reafirma la

primacía de una forma específica de libertad: la de los dueños del capital para mover riquezas y especular en los mercados sin trabas legales. El aparato ideológico que acompañó ese cambio se basa en una idea básicamente simple: la eficiencia del libre mercado, en particular del mercado financiero, trae paz y prosperidad. Es la opinión aún predominante, que sin embargo no encuentra el consuelo de los hechos. En realidad, cuando las fuerzas que operan en el mercado tienen libertad para expandirse, el sistema está continuamente sujeto al movimiento especulativo: es decir, al instinto de los agentes del capital de ganar con las meras diferencias de precios entre la compra y la venta de bienes, de los títulos que los encarnan, de las técnicas, incluso del cambio climático. En definitiva, de cualquier objeto de transacción.

Como ahora también saben Shiller y otros exponentes de la doctrina económica predominante, el impulso especulativo no es en modo alguno un síntoma de la eficiencia del sistema. Por el contrario, contribuye decisivamente a la alternancia de euforia y depresión, a la infrautilización sistemática de los medios de producción, a la selección adversa de los procesos técnico-científicos, y en general a ese fenómeno caótico que lleva el nombre de “desorganización de los mercados”. Una desorganización que se manifiesta, entre otras cosas, en el tamizado del futuro: solo cuenta lo que contribuye a la acumulación privada de capital, mientras que se descarta casi por completo lo que concierne al futuro colectivo, como la prevención de desastres sistémicos.

Como bien sabía Marx, el impulso especulativo no es un legado de la vieja economía anterior a la acumulación primitiva, sino una característica intrínseca del capitalismo desarrollado. En este sentido, se puede demostrar que el movimiento de especulación está incluso en la base de la ley de reproducción y tendencia (Brancaccio & Buonaguidi, 2019; Algieri, Brancaccio & Buonaguidi, 2020). Esta evidencia tiene una implicación importante para nuestro discurso. Si la libertad del capital moviliza la especulación, y si la especulación es la base del mecanismo que alimenta el crecimiento del capital respecto al ingreso y la centralización de su control, entonces podemos llegar a afirmar que la libertad del capital no es solo un propagador de ineficiencia sistémica, pero en sí mismo constituye una amenaza potencial para la democracia liberal. Podríamos decir que la libertad financiera de los agentes del capital tiende a sofocar otras libertades, otros derechos. De hecho, no han faltado experimentos de fascismo liberal en la historia. Por las razones anteriores, hay razones para creer que en el futuro se pueden propagar. Hay una amarga ironía en este gran intrincamiento.

Polarización y uniformización

Al igual que el modelo de von Neumann, las ecuaciones de precios de Sraffa o las tablas input-output de Leontief, la ley de reproducción y tendencia descrita hasta ahora es un mero esquema, circunscrito a la estructura económica del sistema. Sin embargo, a diferencia de sus predecesores, este esqueleto lógico sin precedentes también cultiva la pretensión de decir algo sobre los movimientos de la superestructura política. Gran pretensión solo en apariencia, si se admite que ni siquiera un paso en el “continente histórico” puede razonablemente darse si se renuncia a cultivarlo. Así que resumamos la tesis en cuestión, simple y bien definida. La tendencia al crecimiento del capital con respecto a los ingresos y a la centralización de su control en cada vez menos manos no parece compatible con el futuro mantenimiento de la democracia, la libertad, al borde de la paz, al menos tal como las entendemos hoy. El profundo movimiento del sistema constituye en sí mismo una amenaza para la supervivencia de las instituciones sobre las que se asientan las democracias liberales contemporáneas. Y en la medida en que la lucha política es casi enteramente interna a la clase capitalista, ese movimiento no parece admitir resultados alternativos: es decir, si todo se reduce al juego fraccional dentro del capital, entonces el esquema trazado es *self-contained*. Una vieja, pero no obsoleta, herejía encuentra así más apoyo: la libre racionalidad individual de los agentes individuales del capital conduce ciegamente hacia una irracionalidad catastrófica y antiliberal del sistema. Con medios de análisis un poco más generales que los habituales equilibrios no cooperativos de Nash, *una nueva venganza se consume contra la “mano invisible”* de Adam Smith.

La bifurcación blanchardiana, de la que partimos, parece pues encontrar una confirmación y una negación: hay un mecanismo interno al modo de producción que en realidad se mueve hacia la “catástrofe”, pero ese mismo mecanismo tiende a torcer un posible giro keynesiano en un sentido más reaccionario que “revolucionario”. El sonido de la inevitabilidad parece resonar persistentemente en esta ominosa conclusión; pero aquí no queremos celebrar ninguna filosofía negativa de la historia. Al mismo tiempo, no queremos caer en la idiotéz de quienes imaginan una totalidad “aleatoria” en la que todo es posible de repente, quizás solo en virtud de una acción inconsciente y esperanzada. La restricción epistemológica en la que queremos insistir aquí es que, en última instancia, todo debe surgir del esquema: así como la línea hacia la catástrofe es un resultado de la ley de reproducción y tendencia, también deben hacerlo sus posibles subversiones.

Un punto de partida, en este sentido, proviene de la observación de que todos los pronósticos que hasta ahora han irradiado del análisis asumen un hecho: que toda lucha

se desarrolla dentro de la clase hegemónica, entre los únicos agentes del capital. Es decir, se asume que la clase obrera, la clase subordinada, permanece muda en el plano político, y por tanto reducida a una variable residual en el esquema económico. Esta residualidad de los subordinados, entre otras cosas, aumenta la posibilidad de una resolución pacífica de las disputas entre grandes y pequeños capitales, quizás bajo la bandera de una centralización que frena, pero no se detiene. Ahora bien, si bien este es un esbozo preciso de la etapa histórica actual, ¿debemos considerarlo necesariamente válido también para el futuro? La ley de reproducción y tendencia puede proporcionar pistas esenciales para una respuesta a esta pregunta crucial. El punto es que el movimiento hacia el crecimiento del capital con respecto al ingreso y hacia su centralización en cada vez menos manos, es como tal, destructivo para los grupos sociales intermedios: pequeños capitalistas, clases medias más o menos reflexivas, burguesía menor, exponentes de profesiones, ejecutivos públicos y privados, patrones y rentistas marginales, este agregado de organismos centrales está destinado a erosionarse: empujados en una pequeña parte hacia el extremo superior de la escala social, mientras que el resto es arrojado gradualmente hacia abajo, los componentes de este medio mundo terminan engrosando las filas de los estratos subalternos. Como la centralización que lo induce, este movimiento puede detenerse e incluso retroceder en ciertos momentos, pero en el plano de la lógica está destinado a imponerse. Los datos históricos, una vez más, apuntan en esta dirección. Con todo respeto para Bernstein y para sus seguidores, la ley de la reproducción y la tendencia a la centralización del capital es también la *ley de la polarización* de las clases.

Finalmente, la polarización también parece asumir los rasgos de una *uniformización* de las condiciones de la clase subordinada. Es una dinámica que acerca las condiciones de vida y de trabajo al nivel internacional, dando lugar generalmente a su convergencia a la baja (Branaccio, De Cristofaro & Filomena, 2019). Pero la estandarización, en retrospectiva, significa mucho más. Lo que hay que entender es que la centralización capitalista, inexorablemente, tiende tanto a concentrar el poder de explotación en unas pocas manos como a nivelar las diferencias entre los explotados. Ya sean nativos o inmigrantes, mujeres, hombres o transgénero, a medida que el capital se desarrolle tratará a estos individuos de una manera cada vez más indiferenciada, como pura fuerza de trabajo universal. Este proceso de universalización del trabajo socava las viejas instituciones, desintegra los antiguos lazos familiares basados en la sujeción de la mujer al hombre y afloja las fronteras nacionales que separaban la fuerza de trabajo interna de la externa. Es un movimiento que inevitablemente derriba los antiguos equilibrios sociales basados en la discriminación de género y raza, y que también socava las instituciones

familiares y las convenciones sociales que vigilan los lazos afectivos y sexuales: que la fuerza laboral sea *heterosexual* o *lgbtqiapk*, por así decirlo, no hace la mínima diferencia con el capital. Pero ese mismo movimiento, al mismo tiempo, está impulsado por una lógica pura de adquisición de mano de obra indiferenciada con el propósito de intensificar la explotación. Por lo tanto, cualquiera que sea el género, la orientación sexual, el origen, la etnia, con el tiempo el capital nos iguala a todos, y este es su aspecto progresista y universalista. Pero nos iguala en la explotación, y este es su aspecto atrasado y divisorio. La uniformización de clases es también un movimiento contradictorio, como todo lo demás en el capital.

Nuevo capital humano

Hay un último movimiento, que la ley de la reproducción y de la tendencia pone en práctica y cuya importancia conocían muy bien Marx y algunos de sus seguidores. Es el hecho de que la ley del capital implica una absorción progresiva de nueva fuerza de trabajo en el proceso de acumulación. A medida que el capital se acumula y se centraliza, se extrae más trabajo y se engancha a la máquina capitalista global. Piernas, brazos y sinapsis de clase, operando en los más recónditos rincones del mundo, desde ese momento y a través de larguísimos hilos son guiados por consejos directivos ubicados en los núcleos más centrales y ramificados del sistema, y todo transcurre bajo el dominio de una ley de movimiento impersonal.

Con esta entrada en el sistema, la fuerza de trabajo se transforma en un engranaje, una pieza indistinguible de la máquina, mano contratada. Esto sucede, pongamos atención, en el trabajo simple como en el más sofisticado, y como resultado de la acción productiva en sentido estricto se extiende por todas partes: en el consumo como en las relaciones sociales y personales, en el acto lúdico y en el pensamiento disperso, en el dolor como en el cumplimiento de un deseo. En este sentido, “estar apegado a la máquina” es una expresión que se generaliza y se convierte en metáfora del mundo: ya no solo el trabajador industrial o el paciente en cuidados intensivos, sino cualquiera en cualquier lugar y tiempo, en la fábrica como en el dormitorio, que esté ocupado en pensamientos, palabras, obras, omisiones y sensaciones, todos están constantemente “pegados a la máquina”. Así, desde la productividad, a la sexualidad, a la afectividad, todo en la vida se vuelve técnico. Los teóricos biopolíticos han adivinado vagamente algo de este destino de colonización capitalista de las existencias. Pero su epistemología

miope nos ha impedido extraer las implicaciones subyacentes. Porque lo esencial aquí es que la tesis marxista según la cual la historia humana no es más que una continua transformación de la naturaleza humana debe ser entendida en el sentido de que la ley de reproducción y tendencia del capital es también la ley de reproducción y tendencia de *un nuevo tipo humano capitalista*. Más bien, digamos *nuevo capital humano*, expresión que se libera así de las aporéticas e infantiles conceptualizaciones neoclásicas de Becker y de sus seguidores. Mucho más persistente y omnipresente que los edificios del viril hombre nuevo de Mussolini o la altruista nueva humanidad soviética, hay por lo tanto una reproducción tendencial, continuamente modificada, de un nuevo tipo humano: un nuevo capital humano.

Qué revolución

El esquema de análisis esbozado hasta ahora ha llegado a su límite extremo de aplicación. No es casualidad que esto sucediera frente a la articulación de lo humano dentro del término “clases”, donde hasta los manuscritos más fructíferos, como es bien sabido, se interrumpen. Sin embargo, quedan las últimas preguntas pendientes, que no se pueden evitar. En resumen: ¿el hecho de que la tendencia a la centralización del capital implique un movimiento objetivo hacia la polarización y uniformización de clases y la acumulación de nuevo capital humano, puede considerarse razón suficiente para prever un desarrollo de la lucha política más allá del perímetro del grupo social dominante? ¿Y esta dinámica, como tal, puede hacer admisible de nuevo la sugerencia blanchardiana a una “revolución” capaz de conjurar la “catástrofe”?

Hay algo en estas preguntas que las hace particularmente difíciles. Se trata de un elemento que opera “desde afuera”, como diría Lenin, es decir, más allá del esquema que describe la ley de reproducción y tendencia. Llamarlo “subjetivo” daría lugar a una plétora de malentendidos. Mejor el término “inteligencia colectiva”: un objeto material, neurocientífico, del cual obviamente necesitamos delinear una génesis. A partir de este momento, el bosque del “continente de la historia” se vuelve aún más denso, casi inescrutable con los medios empleados hasta ahora. El canon académico nos llevaría a dejar de hablar aquí y ahora, dentro de los muros científicos de la ley del movimiento. Pero precisamente el avance catastrófico de esto no lo permite; manteniéndonos fieles al método, todavía hay un paso que debemos intentar dar hacia el interior del nuevo mundo.

Recapitulemos la maraña de ramas de la ley de la reproducción y de la tendencia a la centralización: especulación y desorganización de los mercados, distopía aceleracionista, polarización y uniformización de clases, formación de nuevo capital humano en el sentido antes mencionado, y al mismo tiempo una libertad del capital que en expandirse amenaza de catástrofe las demás libertades y el propio liberalismo democrático. El gran mecanismo está así completamente desplegado. Sin duda, algunos de sus mecanismos todavía parecen frágiles, ya que por el momento se derivan solo de una especie de variante económica del “paradigma circunstancial” (Ginzburg, 1979). Pero todos siguen bien sujetos al eje impulsor de la ley de la reproducción y de la tendencia, que por el contrario puede elogiar de una precisa lógica del movimiento. Un movimiento, como hemos visto, dedicado a una totalidad que no admite éxodos ni ermitaños y, sobre todo, es casi insensible a las correcciones de rumbo. De hecho, son los objetos que le son extraños los que aparentemente están centrípetos, engullidos, moldeados. Esto es especialmente cierto para los objetos políticos. En el gran mecanismo, la revolución keynesiana se reduce a una mera reacción pequeñoburguesa, y con ella los retoños del ingreso vital o de dinero para el pueblo. Pero incluso un aceleracionismo tecnológico ilustrado (Williams & Srnicek, 2013) se transforma en un sistema de propulsión distópico, por lo que un destino análogo probablemente sufriría cualquier otro manifiesto por un “capitalismo progresista” (Stiglitz, 2020).

Tan penetrante es la ley del movimiento hacia la “catástrofe” que la única “revolución” capaz de evitarla parece posible solo en virtud de un movimiento excepcional, un movimiento sin precedentes. ¿Qué movimiento puede servir jamás en este sentido? Una metáfora seductora, en cierto modo similar, es la práctica yawara del judo “científico”: adaptarse a la fuerza opuesta, luego explotarla para inclinarla hacia adelante, hasta que sea anulada y controlada. Gesto elegante, de indudable encanto. Pero ¿cuál puede ser su contrapartida en la dura práctica de la política? Bueno, hay razón para suponer que esto solo puede residir en un paciente trabajo de construcción, en un trabajo de construcción de una nueva inteligencia colectiva, para un nuevo propósito. El objetivo principal de este *intelligere* debería consistir, de hecho, en ejercitar a la nueva generación para que comprenda el arcano de la ley del movimiento del capital y descubra que sus poderosos engranajes albergan enormes contradicciones internas. Pronto se descubre cuál es el núcleo de estas contradicciones; la centralización, polarización y uniformización de clases, reproducción de nuevo capital humano, tienen una doble implicación: por un lado nos acercan al catastrófico horizonte de concentración e iliberal antes descrito, pero por otro lado erosionan objetivamente las heterogeneidades entre los subordinados,

redeterminan concretamente su universalidad, y es precisamente a través de este camino que se abren oportunidades políticas sin precedentes. Es decir, a medida que el capital se acumula en manos de un puñado cada vez más pequeño de capitalistas, a medida que su poder se concentra y se acerca la catástrofe de la democracia liberal, se vuelve cada vez más difícil socavar los intereses de la clase subordinada y resulta más oneroso el antiguo ejercicio macedonio de dividir para dominar. En una heterogénesis impersonal de fines, mientras crece el poder del capital centralizado, crece al mismo tiempo la fragilidad de su monopolio político. Cuanto más cerca está la catástrofe, más cerca está la oportunidad de un gran avance.

Dura es la enseñanza que se extrae de esta nueva *intelligere*, que inevitablemente solo es tal si es vanguardista, y por lo tanto enemiga de cualquier posible “codismo”. Si entendemos el mundo en los términos antes descritos, llegamos a comprender que solo en las transformaciones sociales provocadas por el movimiento objetivo del capital una inteligencia colectiva puede encontrar condiciones favorables para el derrocamiento de la relación de producción. Queda claro, entonces, que el espeluznante mimo constante de la llamada clase media es inexorablemente política “codista” hacia los pequeños capitales y sus representantes políticos. Una política tan extendida como fracasada, que conduce a complacer todas las “reacciones” pequeñoburguesas posibles, con sus típicas sugerencias fanáticas, familistas, ultranacionalistas, imbuidas de las ilusiones del populismo interclasista, y que conduce a salir de las contradicciones básicas del sistema. Los medios, en definitiva, son pasado que resiste. Solo en la conciencia de esta ubicación temporal, en el límite, será posible interactuar políticamente con ellos; porque solo la polarización, la uniformización de clases y el desarrollo de nuevo capital humano crean condiciones concretas para el cambio.

Pero también hay que evitar un “codismo” opuesto, que consiste en la tentación aún más extendida de seguir la estela de los grandes capitales y sus representantes políticos. Es la política pasiva que surge de la ilusión de la segunda internacionalidad hilferdinghiana de que el movimiento objetivo del capital conduce en sí mismo al derrocamiento de la relación social. Pero ese no es el caso en absoluto; para doblegar las inmensas fuerzas de la ley del movimiento, es necesario que el *intelligere* de las clases se reúna, piense y actúe en torno a una clave, una contraseña, un estandarte de hegemonía. La misma ley descrita hasta ahora lleva como tal a creer que esta clave es la *modernidad de la planificación colectiva*. Toda la creatividad del colectivo, toda la fuerza física e intelectual de la militancia, debe confluir en torno a este concepto extraordinariamente fecundo. Y todas las iniciativas, por lo tanto, deben ser repensadas dentro del marco lógico del plan.

Incluso las propuestas más generosas e ilustradas, como el control democrático de la regla de solvencia del banquero central, la entrada del Estado en la estructura de propiedad del capital, los movimientos de capital y, más en general, la balanza de pagos y las relaciones internacionales relacionadas basadas en ciertos “estándares sociales” -propuestas que quién escribe ha apoyado- ya no pueden aceptarse acríticamente. Así como, simétricamente, ya no se dice que la lucha por la renta se reduce a un pequeño reformismo liberal. Todas las iniciativas, de hecho, adquieren un carácter revolucionario o reaccionario según estén o no pensadas como bloques de construcción del proyecto colectivo.

El plan, entonces, aquí finalmente una palanca fuerte, la más fuerte jamás concebida en la historia de las luchas políticas, la única potencialmente capaz de torcer la ley del movimiento del capital antes de que nos sumerja en la catástrofe. Pero ¿cómo se puede definir como “moderna” tal arma económica? ¿Cómo puede liberarse de la historiografía *mainstream* del siglo XX? ¿Cómo se puede limpiar de las lágrimas y la sangre del pasado? Existe una manera intelectualmente clara, y debe ser practicada. Se trata de hacer un ejercicio de síntesis entre la planificación colectiva y un concepto solo aparentemente antagónico: la libertad individual. La idea de la impracticabilidad absoluta de tal mezcla es la letanía de nuestro tiempo, una constante de la comunicación política, incluso en ausencia de una amenaza real, como si el espectro del plan agitara continuamente el sueño de los comunicadores del capital. De hecho, los aparatos ideológicos actuales insisten en la idea de que la planificación, como sinónimo de estalinización, sería también un factor intrínsecamente destructor de las libertades individuales, que por otra parte estarían protegidas únicamente en la organización capitalista de la sociedad. En realidad, las cosas son diferentes. Nosotros, hablando del fascismo liberal, ya hemos negado la ecuación capitalismo es igual a derechos. No solo las sangrientas dictaduras capitalistas de la historia pasada, sino también las perspectivas de futuro delineadas por la ley del movimiento, indican que de hecho la libertad del capital constituye una amenaza potencial para todas las demás libertades y para el propio liberalismo democrático. Además, en una inspección más cercana, incluso la idea del plan como sinónimo de opresión autoritaria es como tal una falacia. Baste recordar un hecho evidente: la historia de la planificación va mucho más allá del naufragio soviético y toca incluso un templo del libre mercado como los Estados Unidos (Leontief, 1974). Lo cierto es que la lógica profunda de la relación entre plan y libertad aún está por explorar.

No podemos seguir el largo hilo de la reflexión de Marx y de sus seguidores sobre estos temas y en general sobre la “libertad comunista”. Aquí solo necesitamos recordar un

punto fundamental. En la reflexión marxista, el control colectivo de la totalidad de las fuerzas productivas es una condición para el desarrollo de la totalidad de las capacidades individuales. La libre expresión de la individualidad se manifiesta, en otras palabras, solo en la represión de la libertad financiera del capital y en el comunismo planificador de la tecnología. Vale agregar que esta libre expresión de la totalidad de las capacidades individuales atañe a la totalidad de las acciones, de las percepciones sensoriales, de la imaginación y de la creatividad en toda actividad humana: por tanto, no hace referencia solo a la potencia productiva del trabajo o a la infinidad de posibilidades de consumo, pero involucra también el desarrollo del ejercicio pedagógico, del juego, del cuidado, de la sexualidad, de los afectos, de lo que con Engels y Kollontaj se podría definir la producción social del amor. Anticipándose a los desarrollos más recientes de la neurociencia social, Marx escribe que los cinco sentidos y la sensibilidad humana en general están ligados por la relación de propiedad privada, y pueden encontrar condiciones de expansión en su superación. Es decir, cuando el capital centralizado se socializa a nivel colectivo, la relación entre la historia y la naturaleza humana también cambia. En efecto, se llega al límite extremo de la ley de reproducción del tipo humano capitalista, y por tanto se crean las condiciones para la producción social de una nueva humanidad, capaz de hacer del desarrollo de la materialidad corporal y psíquica un proceso complejo, altamente refinado, ejercicio lúdico liberado. El Keynes de Bloomsbury lo había adivinado, llegando incluso a dar una pizca de confianza al primer experimento soviético, todavía no estalinizado, destinado precisamente a ser un laboratorio para una nueva fuerza motriz de la acción humana (Keynes, 1925). Por el contrario, Freud tuvo demasiada prisa en reducir erróneamente ese mismo experimento a una mera celebración de las ingenuidades antropológicas del *Emilio* rousseauiano (Freud, 1930). Los propios freudianos-marxistas parecen no haber captado todas las implicaciones potenciales de la planificación para la liberación. En la investigación de la nueva humanidad liberada del plano hay, pues, un objeto escabroso —queer, nos atreveríamos a decir— que aún está por explorar. Si no iniciarán pronto esta investigación, los mismos movimientos de emancipación civil contra el racismo y la discriminación sexual se verán desbordados por la crisis del liberalismo democrático, que por el momento constituye su único y estrecho horizonte ideológico.

Plan es libertad, por lo tanto, en un sentido constructivo que va mucho más allá de las simplificaciones del liberalismo sobre el carácter negativo o positivo de las libertades. Llámemoslo *libercomunismo*, en un sentido no liberal pero incluso libertino, o se le encuentre un nombre menos capaz que *épater le bourgeois*, es lo mismo. Lo que

importa es señalar el camino de la única revolución capaz, en perspectiva, de evitar la catástrofe.

Virus capital

Al momento de escribir, el mundo se enfrenta con herramientas poco más que medievales a un virus que desde el inicio de la pandemia ha causado más de seis millones de muertes en el mundo, ha inhibido la relacionalidad humana más de lo que lo ha hecho la plaga del SIDA a lo largo de los años, y causado el colapso económico más repentino en la historia del capitalismo. A la pandemia ahora se suman también los vientos de guerra provocados por lo que podríamos definir una fenomenología de la centralización imperialista; la pandemia ha hundido el ya frágil panorama económico mundial en un abismo cuya profundidad supera la crisis de hace una década y puede incluso ir más allá de la gran depresión del siglo pasado. En medio de tal abismo, la respuesta sanitaria y económica ha sido poco más que ordinaria, entre un keynesianismo improvisado de subsidios e investigación contra el virus endurecida por los derechos de propiedad intelectual y la ausencia de acuerdos globales de cooperación científica. La invocación racional a un “comunismo científico en la lucha contra el virus”, hemos dicho, cae inexorablemente en saco roto. Así, entre la incertidumbre sanitaria y la pereza política, el regreso a la senda modesta del desarrollo ante-covid parece ahora un espejismo. Las primeras predicciones de una crisis en “forma de V” caracterizada por un rápido declive y una recuperación igualmente rápida son solo un recuerdo vago y vergonzoso.

Esta “crisis totalitaria”, que interviene en todos los niveles del sistema, está destinada a dar una aceleración espantosa a la ley de reproducción y tendencia descrita hasta ahora. Las causas radican en el colapso de la demanda efectiva, con una parálisis particularmente marcada de las inversiones privadas; en la caída de la productividad, también por los efectos de las reglas de distanciamiento social en los procesos de producción y distribución; y en una “desorganización de los mercados” generalizada, que desestabiliza las cadenas de valor internacionales, crea al mismo tiempo desperdicios productivos y problemas de abastecimiento, y de esta forma alimenta el fuego de la especulación. La solvencia del sistema, que está en la base de las condiciones de reproducción, se vuelve inalcanzable para los capitales más débiles y favorece así la tendencia a la centralización en manos de los más fuertes. El horizonte catastrófico está más cerca. Hay que construir una inteligencia colectiva revolucionaria.

Referencias

- Acemoglu, D., & Brancaccio, E. (2021). There is (no) alternative. Regulate the market. A debate between Daron Acemoglu and Emiliano Brancaccio”. *Fondazione Giangiacomo Feltrinelli*, 1 June 2021. <https://www.youtube.com/watch?v=GEvQb9IFAME>.
- Akcigit, U., Chen, W., Díez, F. J., Duval, R.A., Engler, P., Fan, J., Maggi, C., Tavares, M. M., Schwarz, D.A., Shibata, I., & Villegas-Sánchez, C. (2021). Rising corporate market power: Emerging policy issues. *IMF Staff Discussion Note*, 1 March 2021.
- Algieri, B., Brancaccio, E. & Buonaguidi D. (2020). Stock market volatility, speculation and unemployment: a Granger-causality analysis. *PSL Quarterly Review*, 73 (293), 137-160.
- Becker, G. (1964). *Human capital*. Columbia University Press.
- Blanchard, O., & Brancaccio, E. (2019). Crisis and revolution in economic theory and policy: A Debate. *Review of Political Economy*, 31 (2), 271-287.
- Blanchard, O., & Summers, L. (2019). Ripensare le politiche macroeconomiche: evoluzione o rivoluzione? [Rethinking macroeconomic policy: evolution or revolution?]. In *Crisi e rivoluzioni della teoria e della politica economica: un simposio [Crises and revolutions in economic theory and policy: a symposium]*, ed. Brancaccio, E. & De Cristofaro, F., *Moneta e Credito*, 72 (287), special issue.
- Brancaccio, E. (2020). Catastrofe o rivoluzione, *Il Ponte*, (6).
- Brancaccio, E., & Buonaguidi, D. (2019). Stock Market Volatility Tests: A Classical-Keynesian Alternative to Mainstream Interpretations. *International Journal of Political Economy*, 48 (3), 253-274.
- Brancaccio, E., & Bibi S. (2021). *Anti-Blanchard. Un enfoque comparativo para el estudio de la macroeconomía*. Fondo Editorial UPC.
- Brancaccio, E., Califano, A., & De Cristofaro, F. (2021). Migrant inflows, capital outflows, growth and distribution: should we control capital rather than immigration?. *European Journal of Economics and Economic Policies: Intervention*, DOI: <https://doi.org/10.4337/ejeep.2021.0074>.
- Brancaccio, E., & De Cristofaro, F. (2020). Inside the IMF ‘mea culpa’: A panel analysis on growth forecast errors and Keynesian multipliers in Europe. *PSL Quarterly Review*, 73 (294), 225-239.
- Brancaccio, E., De Cristofaro, F., & Giammetti, R. (2020). A Meta-Analysis on Labour Market Deregulation and Employment Performance: No Consensus around the IMF-OECD Consensus. *Review of Political Economy*, 32 (1), 1-21.

- Brancaccio, E., & G. Fontana, G. (2013). 'Solvency rule' versus 'Taylor rule': an alternative interpretation of the relation between monetary policy and the economic crisis. *Cambridge Journal of Economics*, 37(1), 17-33.
- Brancaccio, E., & Fontana G. (2016). 'Solvency rule' and capital centralisation in a monetary union. *Cambridge Journal of Economics*, 40 (4), 1055-1075.
- Brancaccio, E., Giammetti, R. Lopreite, M., & Puliga M. (2018). Centralization of capital and financial crisis: a global network analysis of corporate control. *Structural Change and Economic Dynamics*, 45 (1), 94-104.
- Brancaccio, E., Giammetti, R. Lopreite, M., & Puliga M. (2019). Monetary Policy, Crisis and Capital Centralization in Corporate Ownership and Control Networks: a B-Var Analysis. *Structural Change and Economic Dynamics*, 51 (1), 55-66.
- Brancaccio, E., Moneta, A., Lopreite, M., & Califano A. (2020). Nonperforming loans and competing rules of monetary policy: A statistical identification approach. *Structural Change and Economic Dynamics*, 53 (1), 127-136.
- Brancaccio, E., & Monti M. (2020). Austerity, Keynesismo, comunismo. Dibattito tra Emiliano Brancaccio e Mario Monti [Austerity, Keynesianism, communism. A debate between Emiliano Brancaccio and Mario Monti]. In *Non sarà un pranzo di gala. Crisi catastrofe rivoluzione [It will not be a dinner party. Crisis, catastrophe and Revolution]*, ed. E. Brancaccio. Meltemi.
- Brancaccio, E., & Pagano, U. (2020). Stop private speculation in covid-19 research. A plan for a collective sharing of scientific knowledge on the pandemic. *The Scientist*, 23 March 2020.
- Brancaccio, E., & Suppa, D. (2018). The 'Solvency Rule' of the Central Banker in a Monetary Scheme of Reproduction. *Bulletin of Political Economy*, 1 (2), 77-98.
- Brancaccio, E., & Veronese Passarella, M. (2022). Catastrophe or revolution. *Rethinking Marxism*. First published online: 7 February. DOI: 10.1080/08935696.2022.2031030
- Bruff, I. (2014). The Rise of Authoritarian Neoliberalism. *Rethinking Marxism*, 26 (1), 113-129.
- Coase, R., & Wang. N., 2016. *How China became capitalist*. Springer.
- De Carolis, M. (2021). Catastrofe o pianificazione? [Catastrophe or planning?]. *Il Ponte*, 77 (1), 116-121.
- Della Volpe, G. (1946). *La libertà comunista [Communist freedom]*. Bordeaux, 2018.
- Di Pierro, M. (2018). La biopolitica nel pensiero di Antonio Negri. Dalla tendenza all'eccedenza affermativa della vita [The bio-politics of Antonio Negri. From tendency to affirmative excess of life]. *Etica & Politica*, 20 (1), 107-126.

- Freud, S. (1930). *Civilization and its discontents*. Penguin, 2004.
- Georgieva, K., Díez, F. J., Duval, R. & Schwarz, D. (2021). Rising Market Power – A Threat to the Recovery?. *IMF Blog*, 15 March 2021.
- Ginzburg, C. (1979). Clues: Roots of a Scientific Paradigm. *Theory and Society*, 7 (3), 273-288.
- Hilferding, R. (1910). *Finance Capital. A study in the latest phase of capitalist development*. Routledge, 2007.
- Keynes, J. M. (1925). A short view of Russia. In *Essays in persuasion*, 253-271. Palgrave McMillan, 2010.
- Kott, J. (1961). *Shakespeare, Our Contemporary*. Norton.
- Laibman, D. (2012). *Political economy after economics. Scientific method and radical imagination*. Routledge.
- Leontief, W. (1974). For a national economic planning board. *New York Times*, 14 March 1974.
- Lyon-Callo, V. (2020). COVID and capitalism: A conversation with Richard Wolff. *Rethinking Marxism*, 32 (4), 570-588.
- Madra, Y.M. (2017). *Late neoclassical economics: The restoration of theoretical humanism in contemporary economic theory*. Routledge.
- Marx, K. (1867). *Capital. A Critique of Political Economy. Volume One*. Penguin, 1990.
- Negri, A. (2012). Alle origini del biopolitico. Un seminario [At the origin of the bio-political. A seminar]. In *Il comune in rivolta. Sul potere costituente delle lotte*, Ombre corte.
- NLR. (1970). Introduction to Della Volpe. *New Left Review*, 59 (1), 97-100.
- Nordhaus, W. (1991). To slow or not to slow: The economics of the Greenhouse Effect. *Economic Journal*, 101 (407), 920-937.
- OECD. (2019). Under Pressure: The Squeezed Middle Class. *OECD Books*, 1 May 2019.
- Pagano, U. (2014). The crisis of intellectual monopoly capitalism. *Cambridge Journal of Economics*, 38 (6), 1409-1429.
- Patinkin, D. (1965). *Money, interest, and prices; an integration of monetary and value theory*. Harper.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. Harvard University Press.
- Sen, A. (1987). *Freedom of choice: concept and content*. WIDER Working Papers, 25, 22 August 1987.
- Shiller, R. (2000). *Irrational Exuberance*. Princeton University Press.
- Solow, R. (2014). Thomas Piketty is right. *The New Republic*, 23 April 2014.

- Stiglitz, J. (2019). *People, Power, and Profits: Progressive Capitalism for an Age of Discontent*. Penguin.
- Stiglitz, J., A. Jayadev, & A. Prabhala. (2020). Patents vs. the Pandemic. *Project Syndicate*, 23 April, 2020.
- Veronese Passarella, M., & H. Baron. (2015). Capital's humpback bridge: 'financialisation' and the rate of turnover in Marx's economic theory". *Cambridge Journal of Economics*, 39 (5), 1415-1441.
- Williams, A., & Srnicek, N. (2013). *Accelerate Manifesto for an Accelerationist Politics*, published online on 14 May 2013. <https://syntheticeidifice.files.wordpress.com/2013/06/accelerate.pdf>